



«Removedora» semblanza^{1,2}

MAGDALENA FILGUEIRA³

J.-B. Pontalis, psicoanalista y escritor, traductor y editor, quizá se lo pueda abarcar en la maestría del arte del fragmento. Escritura fragmentaria que atraviesa una y otra vez los confines de la literatura y el psicoanálisis. Sus fragmentos, hoy testamento legado, en los cuales habla la lengua rebelde, de la sutileza de lo condensado, desplazado, tan liviano, ligero como profundo y denso, que ejerce sobre los analistas una, esa «Fuerza de atracción» como lo fue su libro así llamado. Será siguiendo las huellas de su escritura y su forma fragmentaria que iré —a través de algunos textos, nombres de sus libros, algún capítulo de ellos o artículo— hilando una trama que pudiese homenajearlo. Será como mirar a través de sus «Ventanas» —como llamó a otro de sus libros—, lo que nos permita mirar hacia esa forma propia de escribir sobre la clínica en psicoanálisis, y «Ventanas» desde las cuales poder mirar en derredor cómo esa experiencia se inscribe a la vez en diversos terrenos, hasta los confines, o sea hasta el último término al que alcanza la vista, nuestra mirada, la de cada uno.

Pontalis mismo se ha referido a su estilo de escritura: «Hoy mis escritos psicoanalíticos son considerados por algunos más literarios que científicos (el *Vocabulario* me reivindicó un poco en este sentido). Acepto esa crítica. A mis ojos, sin embargo, se funda en una concepción errónea. Todo depende de lo que se entiende por literatura».

- 1 Retomo la idea que lanza Gómez Mango en su semblanza de Pontalis como un psicoanalista «removedor».
- 2 Texto escrito con el grato estímulo de Gladys Franco en interlocución.
- 3 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. mefe@adinet.com.uy

Textos fragmentarios que recorren la experiencia analítica y la del lenguaje, desacomodando, removiéndolos a ambos: «Un diccionario consta de definiciones, y la definición es lo antipoético por excelencia. Obliga a las palabras a que digan qué quieren decir. Y las palabras no quieren decir definiciones. La experiencia poética ocurre, como experiencia pura de la palabra. Lo poético, lo psicoanalítico son dos modos de ir más allá del lenguaje, sin salir de él».

No se trata de decorar un discurso, de adornar ideas con bellas palabras. Se trata de una *poética política* de transmisión, a través de un estilo de escritura, de llegar con la literatura a los confines con el psicoanálisis, pero es ante todo una forma de posicionarse ante la misma transmisión. Pontalis era un practicante de la política de la aparición fragmentaria, de la invención evanescente de las palabras, de las imágenes que a poco que nos tocan se escurren, se van. Como los recuerdos de infancia que se guardan atesorados en el alcanfor del «Amor a los comienzos», ese libro mediante el cual Pontalis parece haberse librado posteriormente de esas vivencias tempranas tan terribles ante las cuales cuando niño queda mudo, sin poder escribir.

Pontalis nos ha propuesto en sus textos la invención como modo de producir, más cercana a la ocurrencia. «Antes que el lenguaje la poesía, que nos hace creer que la palabra podría muy bien ser la cosa. Fórmula extraordinaria, la repito. No dice que nos hace creer que la palabra es la cosa. No engaña. Nos hace creer que podría muy bien ser la cosa, pero no es. Hace creer sin engañar. Transmite entonces. Otro modo de relación entre la palabra y la cosa.»

Escribe en o desde «El soplo de vida», ese artículo en el cual trata de las formas breves de la escritura, el bosquejo, el fragmento, el aforismo, la máxima; pero él se muestra diestro con el fragmento, al cual describe: «El fragmento: gota de luz, chispa, *Blitz*, relámpago, grano de polen, fuego de artificio. ¿Cómo decidir? ¿Desecho o piedra preciosa liberada de su ganga? Destello brotando del estallido de una forma que disimula, “censura”, prohíbe ir a ver, o magro pedazo de un todo improbable que sería, también él, muy poca cosa. ¿Diamante del espíritu que lanza destellos o estiércol de un cuerpo avaro? Me cuesta decidir», vacila. Duda.

Continúa trabajando en este mismo texto citado anteriormente, «El arte del fragmento»; entonces Pontalis dice: «es producto de un resto que debiera caer, desecho que podría tornarse piedra preciosa». Quiere decir algo, murmura el inconsciente que sabe lo que quiere. Continúa: «Afirmación de lo discontinuo, de la coexistencia de los contrarios y tal vez, ante todo, afirmación de lo heterogéneo: en el fragmento, como en la *Einfall*, como en la triza o el jirón de sueño, se condensan pensamientos surgidos de las fuentes más diversas».

Parecería que Pontalis se hubiese dejado atravesar, transformar por su clínica. No escribe la clínica, sino lo que ella le inspira. La resonancia literaria de lo que uno vive en la clínica muchas veces es dejada de lado por el analista, mas no por él como analista. Tomó el reservorio que bien puede ser desechado, desperdiciado, pudo inventar, escribir, preservar, y perseverar a través de ese mismo «soplo de la vida» en que nos dice: «Presiento de qué modo la elección, por ejemplo, de una escritura fragmentaria puede testimoniar la incapacidad de ligar, de juntar los pedazos, de asegurar unidad y continuidad. Con los fragmentos no habría, en el mejor de los casos, más que comienzos. Sembraduras en serie, ninguna lenta gestación, comienzos que son su propio fin.»

Repercusión estética, poética, que a veces ocurre en la clínica homologándose a un retazo de sueño, a un manojito de recuerdos *infans* no relatados, como materia destinada al olvido. Los fragmentos parecerían haber sido escritos desde la escucha del psicoanalista, quien fue analizante por cierto. Allí estaría el ángulo de la toma, en la atención flotante como dispositivo singular de escritura, que no solo es apertura a lo inconsciente a través de la ocurrencia, *Einfall*, que irrumpe e incide, sino que es también permeable a lo poético.

Textos fragmentarios que han producido huellas, son aquellos que contornean abismos tales como el poder fugarse de sí mismo, un aforismo tan freudiano. ¿Cómo abandonarse de sí? El análisis, el sueño, la escritura, formas de irse de sí, movimientos que uno intentaría para despegarse de uno e ir a desembocar en lo más hondo, en los claros del bosque espeso del sí mismo. «Un lugar en el que yo no esté», le llama Pontalis a un fragmento que se encuentra en su libro *Al margen de las noches*, en el que un

paciente sufre de una depresión grave, por la cual su hermano le propone mudarse de chalé: «Serán como unas vacaciones. Pasearemos los dos, nos bañaremos en los torrentes, como antes cuando tú me llevabas a mí, ¿te acuerdas? —Te lo agradezco, eres realmente muy amable, pero ¿sabes? Tendrías que invitarme a un lugar en el que yo no esté [...] Su propia compañía es lo que se le ha vuelto insoportable. Si encontrara un lugar en que él no estuviera, entonces, quizás, cesarían los tormentos. Por fin ya no estoy conmigo. Aspira a una sola cosa: tomarse vacaciones de sí mismo».

«Cuando la muerte cae en el alma», este conmovedor nombre de un capítulo de su libro *Ventanas*, en el cual escribe sobre el modo que se le presentó un paciente: «Soy el hijo de un niño muerto», que impresiona a Pontalis, dejando su atención flotante y quizá, al no hundirse, pudiera haber salido a la superficie a través de la escritura de otro texto fragmentario. Se encuentra también «Al margen de las noches» y de las oscuridades totales. Pontalis le llamó: «Objetos perdidos», me ha asombrado. Relata: «He perdido en un taxi la agenda donde, además de direcciones y números de teléfono, anoto las citas concertadas, los filmes o libros vistos o leídos. Insomnio como consecuencia de esta pérdida que representa mucho más que la desaparición de los días, de los meses pasados. Me hace pensar que toda vida, la mía en todo caso, no es más que una sucesión de pérdidas —personas, lugares, objetos—, me hace sentir que dentro de mí solo hay objetos perdidos y que todo está destinado a borrarse. Al día siguiente, el chofer del taxi me llama por teléfono: ha encontrado la agenda y la pondrá en mi buzón. Maravilla: el objeto perdido recobrado. *Fort/da* (se fue/acá está) decía el niño freudiano jugando con la bobina de hilo. Vete, vuelve.

El chofer nunca vino a devolverme la agenda.»

«Sueño, poesía, análisis: ciencias exactas», dice aún Pontalis, provocándonos con sus máximas. ♦